

**HOY MARTES 12
DE ENERO DE 1988**

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ Campañas en Guanajuato

■ Ominoso recuerdo de 1946

Dos desafortunadas coincidencias marcan la simultánea estancia hoy, en el estado de Guanajuato, de los candidatos presidenciales de los dos mayores partidos mexicanos. Por un lado, la convergencia misma de las giras de Carlos Salinas y Manuel J. Clouthier, que pudiera suscitar tensiones indeseables. Y por otro el que ambos hayan escogido enero para su activismo electoral, porque ese mes todavía suscita el amargo recuerdo de la matanza ocurrida en León hace 42 años.

La noche del 2 de enero de 1946, en efecto, miembros del ejército al mando de dos coroneles que después fueron enjuiciados, dispararon contra una multitud y causaron un número de muertos nunca precisado, pero que fueron muchos más de los ocho reconocidos inicialmente por las autoridades.

En los meses anteriores había tenido lugar en la capital zapatera, también conocida entonces como Sinarcópolis, por la influencia del sinarquismo en la comarca donde había nacido, una virulenta campaña electoral por la alcaldía, en que los contendientes fueron el doctor Ignacio Quiroz, del Partido de la Revolución Mexicana (que se aproximaba a cambiar de estructura, talante y siglas, para convertirse en PRI) y el señor Carlos A. Obregón, en realidad candidato de la Unión Nacional Sinarquista, pero presentado formalmente bajo la bandera de una agrupación llamada Unión Cívica Leonesa. Esta última arguyó haber ganado las elecciones y una multitud de sus miembros se reunió ante la presidencia municipal, el primero de enero, para im-

pedir que el doctor Quiroz tomara posesión. No pudieron lograr sus propósitos y al día siguiente una nueva muchedumbre protestaba por el desacato, según alegaban, a la voluntad popular. Sea como dijeron los militares, que un grupo de provocadores lanzó los primeros disparos desde la multitud; sea que, como denunciaron los sinarquistas, la tropa inició la agresión, primero a caballazos y con bayoneta, y luego disparando sobre los manifestantes, muchos de ellos cayeron acribillados. Un agente funerario dijo haber prestado servicios a 40 víctimas, si bien el concurrido sepelio oficial condujo sólo 24 ataúdes al cementerio. La Cruz Roja, por su parte reportó más de 300 heridos.

Ocurrido el episodio en plena campaña electoral para renovar los poderes federales, el país se conmocionó por las dimensiones de la matanza, y el gobierno de la República no pudo permanecer al margen. El presidente Avila Camacho hizo que, declarada la desaparición de poderes, se designara un gobierno provisional, como sanción política al gobernador Ernesto Hidalgo.

Este, un periodista tempranamente adherido al maderismo, quiso resistir política y jurídicamente la decisión federal, sin tener éxito; pero a la hora de marcharse tuvo las agallas suficientes para producir la siguiente declaración que con nostalgia reproducimos porque actitudes, frases y personas así ya no circulan en nuestros escenarios políticos:

“El día 23 de septiembre de 1941 frente a la propia residencia que en aquel entonces ocupaba el presidente de la República, en la avenida del Castillo, de las Lomas de Chapultepec, un destacamento hizo fuego también bárbaramente sobre una multitud integrada por elementos del sindicato de trabajadores de Materiales de Guerra, originando un crecido número de muertos y heridos; y por este hecho fatal como el de León, y como el de León sangriento, a nadie se le ocurrió pedir que el primer mandatario de la nación dejara su alto puesto.

“Como gobernador constitucional de Guanajuato levanto la más enérgica protesta contra el jefe del Estado que de la

manera más arbitraria atropelló la soberanía guanajuatense; paralizó, con la designación de un gobierno provisional inerte y formalista, el intenso programa de trabajo que, en muchos aspectos, éste mismo auspició; desunió a la familia guanajuatense reavivando enconadas y aún sangrientas rivalidades políticas, que a merced de un régimen de serenidad y armonía se habían amortiguado hasta casi desaparecer, a despecho de elementos ambiciosos que con calculada perfidia medran en esas disensiones; sacrificó a mi colaboradores que, como yo mismo o menos aún, no tuvieron ninguna culpa de la masacre de León, y me expuso con su actitud al oprobio del país...

“Al señor presidente de la República mejor que a nadie le constaba que en todo Guanajuato, pero muy especialmente en el caso de León, nada se hizo sin conocimiento y consentimiento...; por tanto la desaparición de poderes de Guanajuato fue, como ya lo he subrayado atentatoria, injusta, innecesaria, despótica y antirrevolucionaria”.